

bendicion, con lo que se volvió muy satisfecho á Nápoles el general español, seguido de su ejército. Algunos dicen que el duque de Alba no adoptaba los sentimientos pacíficos y generosos de Felipe hácia el pontífice; que cuando le dió escusas á éste en nombre de su amo por la guerra que se le habia declarado y hecho, añadió, que si él se viera en lugar del rey en vez de las escusas que Felipe enviaba á Roma, las daría un legado del papa al rey de España en los Países-Bajos; mas esta especie es improbable por la índole de aquellos tiempos, y sobre todo por el gran respeto y hasta terror que inspiraba Felipe á sus súbditos, comenzando por el mismo duque de Alba.

CAPITULO XVII.

Comienza la campaña entre españoles y franceses.-Batalla de San Quintin.-Toma de la plaza y otras varias por los españoles.-Toma de la de Calais por el duque de Guisa.-Batalla de Gravelinas.

Ascendian las tropas que puso en campaña el rey Felipe á cerca de 50000 (1), mandadas como ya se ha dicho por Filiberto duque de Saboya. A un poco mas de la tercera parte llegaban las de Francia que el condestable de Montmorency acaudillaba. La superioridad del número permitía al primero tomar la iniciativa, y así lo hizo entrándose por Picardía y amenazando ya á otro de sus puntos fuertes, hasta que al fin de varias marchas y contramarchas amenazando sucesivamente á Mariemburgo, á Rocroy y á Condé y á Guisa, vino á poner sitio á la plaza de San Quintin sobre el río Sousma.

Trató el condestable de Montmorency, que se habia

(1) Sobre el total y la composición de las fuerzas de los ejércitos beligerantes se observa siempre gran variedad en los historiadores. Además de los errores que en estos conjuntos influyen hay que contar con el espíritu de partido ó de nación que disminuye y exagera. Sin embargo están todos de acuerdo en que el ejército de Felipe era superior al del rey de Francia.

situado en la Fere, de socorrer la plaza. Ya habia introducido en ella el almirante de Coligni un refuerzo de 600 hombres; mas no era suficiente. Determinó el condestable hacer un movimiento con todo su ejército para proteger la entrada de unos 2000 hombres á las órdenes de Audelot hermano del almirante, quien consiguió su intento introduciéndose en San Quintin por entre pantanos despues de haber causado algun desorden en las líneas del duque de Saboya. El de Montmorency se retiraba lentamente consiguiendo ya el objeto; mas el general español percibiendo su movimiento marchó sobre él, y le obligó á aceptar una batalla (1).

La batalla de San Quintin dimanó, pues, de una imprudencia del condestable de Montmorency, quien avanzó demasiado hácia la plaza, ó se retiró de ella demasiado lentamente. Fue para él una batalla no buscada, por consiguiente no era natural que le fuese favorable. Cargó el duque de Saboya por un lado, y el conde de Egmont por otro, ambos con caballería, sobre la caballería francesa y la pusieron en derrota. Abandonada la infantería francesa en el medio, descubierta por ambos flancos no resistió el impetu de las fuerzas superiores que la cargaron, y tuvo la misma suerte que la caballería.

Como se vé fué la batalla de muy pocas horas, de muy pocas maniobras, reducida á dos choques de caballería, dejando á la infantería sin ningun apoyo y descubierta. Fué completa la victoria de los españoles y la compraron con

(1) No hay hechos de que se haga mencion mas frecuente en las historias que campañas y batallas: tampoco los hay en que se cometan mas errores, ó por ignorancia ó por mala fé del escritor, y en que los lectores queden en mas oscuridad y dudas. Si para la inteligencia de una campaña en general basta un mapa de muy buena escala y hecho con exactitud, no se puede adquirir el de una batalla sin un plano topográfico de su teatro. Nosotros seremos poco difusos en la descripción de las batallas que tendremos por precision que mencionar, poniendo un gran cuidado en esponer con toda claridad lo poco que indiquemos. En general, el mejor modo de comprender la importancia de una batalla, es atenderse á sus resultados, pues muy pocas dejan de ser ganancia para unos, y pérdida por consiguiente para otros.

muy poca pérdida. En el ejército de Felipe se distinguieron además del general en jefe, el conde de Egmont, los dos duques de Brunswick, los condes de Masflender, de Horn, y de Vilayme, todos de caballería, pues á esta arma se debió principalmente lo mejor de la jornada. La mayor parte de las tropas de Felipe eran alemanas y francesas: no pasaban de 3000 los españoles. De los franceses quedaron de 4 á 6000 hombres en el campo de batalla. Tuvieron mas de 3000 prisioneros y entre ellos mas de 300 todos gente distinguida, entre los que se contaban el mismo condestable, su hijo, el duque de Enghien, hermano del príncipe de Condé, que murió de sus heridas, los duques de Montpensier y de Longueville, Luis Gonzaga, hermano del duque de Mantua, el mariscal de San Andrés y el Rhingrave que mandaba las tropas alemanas. Perdieron además los franceses una gran porción de banderas, cañones y todo su equipaje (1).

Tal fué la batalla de San Quintin, tan célebre en la historia. La consternación que esparció en Francia, sobre todo en París fué tan grande, que á juicio de algunos historiadores se hubiese medio despoblado esta capital con solo la presentación de mil caballos delante de sus muros. Al saber la batalla Carlos V, preguntó sino estaba ya en París su hijo. Todos pensaban en efecto que el duque de Saboya avanzaría con su ejército, aprovechándose de su buena fortuna, y aun se cita hoy este rasgo de sobrada discreción ó cobardía; pero los que así juzgan, obran mas por impresiones del momento que por dictámenes de la prudencia. Bien pudieran haber avanzado los españoles, dejando á la espalda plazas

(1) Dicen algunos historiadores, entre otros Letti, lib. 12, que durante la batalla estuvo el rey Felipe en oración en medio de dos frailes de San Francisco rogando á Dios por el buen resultado de sus armas. Los historiadores españoles omiten esta circunstancia, que no hubiesen dejado de indicar, aunque no fuese mas que por lo que redundaba en los sentimientos de cristiandad y de religiosidad que animaban tanto á don Felipe. Sin duda fué invención de algun autor satirico, mas con objeto de ridiculizar al rey que de darle opinión de devoto y religioso.

fuertes, sin hallar obstáculos por el momento; mas el ejército francés, no podia menos de rehacerse y reformarse. A no tomar á París de un golpe de mano, hubiera tenido que retroceder, y todos estos pasos retrógrados, van siempre acompañados de desastres. El emperador podia recordar los que él mismo habia experimentado al retirarse de Marsella, de Metz y aun de París, pues habia llegado á dos leguas de distancia.

No se leen en la historia mas que desgracias, desastres y todo género de calamidades, que siguen tan frecuentemente á estas invasiones imprudentes. No escasean los ejemplos en las guerras que nosotros mismos hemos visto. Para valerme de las expresiones de un historiador de aquel tiempo, refiriéndose á la expedición de Marsella, se entra, dice, en el país invadido comiendo faisanes, y se sale apelando á las raíces que á veces escasean.

De todos modos el ejército español sin seguir el alcance del francés, revolvió sobre la plaza de San Quintin, que fué tomada al fin por asalto en 26 de agosto, y saqueada, habiendo sido pasada á cuchillo una gran parte de la guarnición y vecindario. Quedaron prisioneros el almirante Coligni, su hermano Audelot, y algunos otros jefes de importancia.

Vino el rey de España al campo de San Quintin despues de la batalla, y asistió á la toma de la plaza, haciendo intervenir su autoridad para que se considerase á los prisioneros. Con el general en jefe, duque de Saboya, se mostró muy fino y reconocido, recibéndole en sus brazos, en el acto de arrodillarse para besar su mano. Igualmente se condujo con grande cortesía hácia los jefes y oficiales del ejército. Era inaugurar de un modo brillante su reinado en esta guerra contra los franceses, aunque no le cupiese ninguna parte de los lauros.

El general en jefe se apoderó en seguida de las plazas de Chatelet, Han y Noyon, retirándose despues á cuarteles de invierno, pues la mala estación se iba ya acercando.

Trató el rey de Francia de reparar con la mayor actividad la gran derrota de sus armas: envió á buscar 12,000 esguízaros y 8,000 alemanes: dió orden, como hemos visto, al duque de Guisa, para que se retirase de Italia con sus tropas, y renovó sus instancias á Soliman, para que enviase al año siguiente su armada sobre Nápoles. Tambien le propuso que le hiciese un préstamo considerable, mas á esto se opuso el gran señor, alegando que su religion se lo vedaba.

Fué recibido el duque de Guisa á su regreso de Italia, como un ángel tutelar que venia á sacar al pais de un gran conflicto. Aumentó prodigiosamente el desastre de San Quintin su gran reputacion, y desde entonces fué su crédito preponderante. Nombrado por el rey Enrique, lugar teniente, general de sus ejércitos, se aplicó con gran actividad á la organizacion de las tropas, tanto francesas como extrañas, conduciéndose en todo como hábil guerrero, digno de su fama. En el corazon del invierno, cuando todo se hallaba en inaccion, concibió el proyecto de poner sitio á la plaza de Calais, defendida fuertemente por el arte, y por un terreno pantanoso que la estacion hacia intransitable. Mas la misma dificultad de la empresa la hacia improbable, sobre todo en aquellas circunstancias. Fué el mayor cuidado del duque de Guisa cubrir su expedicion con el velo del secreto, con lo que primero llegó á los muros de Calais que la noticia de su movimiento. Cuando se quiso acudir seriamente á su defensa, ya se habia apoderado el duque de Guisa del castillo, y obligado al gobernador á la entrega de la plaza.

Hacia mas de 200 años que los ingleses se habian apoderado de la plaza francesa de Calais, despues de un sitio muy reñido y célebre, puesto en persona por el rey Eduardo III. Se consideraba su posesion como una cosa que no tenia precio, como una de las primeras joyas de la corona de sus reyes. Fué su pérdida como un trueno para Inglaterra, y los enemigos de la alianza con Felipe pusieron sus gritos en el cielo. Para la reina Maria, fué

objeto de tan amarga pesadumbre, que solia decir que si la abrian despues de muerta, hallarian dentro de su corazon la plaza de Calais, á cuya pérdida atribuyen algunos la causa de su muerte.

Cuanto mas sentida fué la pérdida de Calais por los ingleses, mas subió de punto la fama del duque de Guisa que la habia tomado. Por su actividad y energia, recuperó el ejército francés su fuerza moral, perdida en San Quintin, y pasó de la defensiva á la ofensiva. A la toma de Calais, se siguió la de Gins y de Ham. En lo masrecio del invierno, embistió el duque de Nevers la plaza de Hebremon, que tuvo que rendirse á discrecion despues de haber sido reducida casi á cenizas por su artillería. A la primavera del siguiente año de 1558, se presentó el duque de Guisa á la cabeza de 20,000 hombres delante de la plaza de Thionville que con sesenta cañones batió furiosamente. Habiéndose hecho una brecha considerable de resultas de la caida de un torreón, dieron los franceses el asalto, que fué bizarramente repetido por Juan Gaitan á la cabeza de 400 españoles y walones que habian entrado en la plaza de refuerzo. Siguiéron éstos el alcance hasta clavar algunas piezas de artillería de los sitiadores; mas no impidió esto que el duque de Guisa estrechase el asedio y tomase la plaza por asalto, salvándose tan solo de la guarnicion seiscientos hombres. Al mismo tiempo que el duque de Guisa reparaba aquella plaza, envió mil caballos para que se apoderasen de Luxemburgo; mas fueron rechazados.

Para evitar que el rey de España reforzase su ejército con levas en los Países-Bajos, se mandó al mariscal Termes con 12,000 infantes y 7000 caballos con direccion á Flandes por el lado de Calais, dándosele órdenes para tomar á Gravelinas; mas no pudo ejecutarlo por la fortaleza de la plaza, y pasó adelante hácia Dunkerque, donde entró á saco, lo mismo que en Newport, destruyendo y talando el pais de las inmediaciones. Sabedor el rey Felipe de la incursión, envió al conde de Egmont;

general de la caballería flamenca, con la española y varios regimientos de infantería, así españoles como walo-nes, á cortar la retirada á los franceses. Lo consiguió en efecto el conde de Egmont, situándose junto á Gravelinas á la embocadura del Ha, obligando á Termes á dar una batalla. Se trabó en efecto la pelea, y al primer disparo de la artillería francesa mandó Egmont acometer á los suyos, lo que ejecutaron con denuedo. Los navíos que se hallaban en el puerto, ingleses segun unos, vizcaínos segun otros, hicieron disparos de artillería contra los franceses causándoles gran daño. Al fin tuvieron que ceder terreno, y poco á poco se vieron en total derrota. Contribuyeron á aumentar su desastre, los paisanos irritados con los destrozos que habian hecho los franceses y deseosos de venganza. Quedó Termes herido y prisionera, y la mayor parte de los franceses ahogados en el rio. Solo se salvaron 300 caballos, habiendo perdido infantería, artillería, banderas, estandartes, bagajes y cuanto habian robado.

Fué esta victoria de Gravelinas el último hecho de armas de importancia que tuvo lugar en esta campaña y este teatro por entonces de la guerra. Habia aumentado Felipe su ejército con refuerzos recibidos de España y otras partes. Se presentó con los primeros Rui Gomez Silva acompañado del duque de Arcos, del de Villahermosa, el de Francavila, el marqués de Aguilar, el del Valle, el de Corres, los condes de Jeria, Alba, de Olivares, Berlanga, las Navas, de Chinchon, de Buendía, de Aguilar, de Fuen-Salida y otros varios caballeros tanto españoles como napolitanos: tambien habia reforzado su ejército el rey de Francia con toda actividad; mas cuando se creia que por esta circunstancia iba á tomar la guerra un carácter aun mas serio, se pensaba y hablaba de negociaciones. Sin duda no se atrevió ninguno de los dos monarcas á correr los riesgos de un choque mas pronunciado y decisivo. El papa Paulo IV que habia tomado una parte tan activa en la contienda, fué de

los principales promotores de la reconciliacion, á la que ayudaron otros personajes, no siendo el de menos peso el condestable de Montmorency que habia sido prisionero en San Quintin, y puesto en libertad bajo su palabra. Comenzaron las negociaciones para la paz en 15 de octubre del mismo año en la abadía de Ceream, concurrendo por parte de Felipe, el duque de Alba, el principe de Orange, Rui Gomez de Silva, el obispo de Arras, y Viglio Zuchieno; y por la del rey Enrique, al cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency, el mariscal de San Andrés, el obispo de Orleans y Claudio de Auberpine. Presidia estas reuniones la duquesa de Lorena, siendo uno de los preliminares la suspension de hostilidades.

1558. Concluyó de este modo la guerra por aquella parte. Las hostilidades que habia provocado en otros fueron de mucha menos importancia. Con motivo de la invasion que amenazaba por parte de los turcos, se habian preparado y puesto en estado de defensa los puertos del reino de Nápoles, Sicilia, la Toscana y Génova. A principios de julio de aquel año pasó efectivamente el estrecho de Mesina el capitán-bajá Piali con ciento y treinta galeras, cincuenta y cinco del gran señor y las demas de los corsarios berberiscos. Desembarcó Piali en Maza y Sorrento, llevándose consigo mas de mil quinientas personas de toda condicion y sexo: pasó despues á la isla de Prochita cuyos edificios incendió; mas sin atreverse á nuevos desembarcos en la costa de Nápoles, llegó á Terracina, donde hizo saber que nada tenian que temer de él las costas de los estados de la Iglesia. Tampoco se atrevió á desembarcar en las playas de Toscana, y se dirigió á Córcega, donde creyó hallar al mariscal de Brissac, general de la escuadra francesa, para caer despues juntos sobre Sabona ó Niza; mas viendo frustrada su esperanza, se dirigió á Menorca, donde á pesar de la valerosa resistencia de la guarnicion, compuesta de unos cuatrocientos hombres, entró á viva fuerza en el puerto de Mahon, que saqueó y

quemó, pasando á sus defensores á cuchillo. Aquí terminó la campaña marítima de los turcos, pues no habiendo encontrado en Marsella al mariscal de Brissac, sin nada de lo que esperaban, tomaron la vuelta de Constantinopla.

A poco despues de concluida la paz con el pontifice, se habia vuelto el duque de Alba á Flandes, y en efecto ya le hemos visto como uno de los comisionados del rey en las conferencias de Ceream. Envió Felipe II de gobernador de Milan al duque de Sesa, y virey de Nápoles al duque de Alcalá. Los turcos no volvieron á parecer por entonces en aquellas costas. Las hostilidades que tuvieron lugar entre españoles y franceses en las fronteras del Piamonte y Lombardia, no produjeron ni batalla ni sitio de importancia. Se redujeron á correrías, á ataques de puestos, á escaramuzas parciales, á los lances comunes que producen luchas entre fuerzas poco considerables que no estan llamadas á decidir la suerte de una guerra. Se debatía la cuestion en las fronteras de los Países-Bajos: allí comenzó y allí debia ser su término.

CAPITULO XVIII.

Muerte del emperador Carlos V.-Su carácter.

MIENTRAS tocaba á su término una guerra, que en cierto modo habia legado á Felipe II, su padre Carlos V, llegó al suyo la existencia de este gran personaje, que aun en la obscuridad de su retiro, no dejaba de llamar los ojos de la Europa. Le hemos dejado en ella abstraído de cuantas atenciones, negocios y cuidados le ocupaban en el mundo; desprendido sin dar ningunas muestras de pesar, de todas sus pompas y grandeza, dividiendo el tiempo entre recreaciones inocentes y sus grandes devociones, siendo estas sin duda el negocio principal de su existencia. Con el tiempo fueron las últimas las que

casi le absorbieron. Creció su asistencia al coro, el número de sus ejercicios espirituales y tambien la austeridad que reinaba en todos los actos de su vida. Los historiadores nos hablan de sus mortificaciones, de sus ayunos, de la sangre en que estaban tenidas las disciplinas con que se azotaba, y hasta de sus quejas porque entre las penitencias á que se entregaba, no podia contar por falta de salud, la de dormir vestido. Se hacia esta falta de salud, mas notable cada dia. No era posible que dejase de aumentarse el quebranto corporal en un hombre envejecido antes de tiempo, que á tantas mortificaciones se entregaba; ni podia menos de afectarse su ánimo y su imaginacion, si se compara esta vida con sus anteriores circunstancias. Son algunos de opinion que no estaba cabal su juicio, en el último periodo de su vida; y entre otras se alega, como una prueba concluyente, que el emperador se hizo celebrar en vida sus exequias. El hecho es cierto, y lo extraordinario del acto, puede servir de fundamento de cualquiera hipótesis. Se verificó la ceremonia con todo el aparato y pompa fúnebre, propia de un personaje de su clase. Se tendió el emperador en un féretro con sus vestiduras reales, en medio de la iglesia, rodeado de hachas de cera, como se acostumbra en tales casos, y con la inmovilidad de un cadáver permaneció, unos dicen durante un rato, otros todo el tiempo que duraron los oficios. Era imposible que la impresion profunda de una ceremonia de esta especie, dejase de influir en una máquina tan quebrantada. Así fué en efecto, y entre la apariencia y la realidad, medió muy poco intervalo de tiempo. A pocos dias de la ceremonia, se sintió enfermo el emperador, y resultó ser su mal una calentura maligna, que en lugar de aliviarse, le iba poco á poco acabando con las fuerzas. Se sintió Carlos V próximo á la muerte, y se preparó á este trance como quien le habia hecho objeto de muy serias consideraciones. Recibió los Sacramentos, y al llegar á la Extremauncion, preguntado si queria que se administrase con la ceremonia y forma-